

fué saludado con grandes aplausos de parte de los espectadores; con cuyo motivo dijo uno de los Embajadores, que los Atenenses conocian lo que estaba puesto en razon, solamente que no querian practicarlo. Muchas cosas notables se observan en nuestro colegio, pero principalmente la de que los de mayor edad son los primeros en emitir su voto; y no solamente los Augures mas ancianos preceden hasta á las personas de mas elevado rango, sino tambien á los que ejercen autoridad. ¿Qué deleites corpóales podrán, pues, compararse con las prerogativas concedidas á la vejez? Creo que los que las han disfrutado en alto grado, han terminado felizmente el drama de la vida, sin sucederles lo que á los malos actores que son silvados al finalizar la funcion. Tal vez se diga que los viejos son caprichosos, displicentes, irascibles, descontentadizos, y si se quiere hasta avaros; pero tales defectos provienen mas bien del carácter que de la vejez. Y aun ese capricho y los demás defectos indicados, tienen excusa hasta cierto punto, que aunque no legítima, no deja de ser disimulable. Esos viejos se consideran menospreciados y puestos en ridículo; y para un cuerpo delicado la menor ofensa se hace muy sensible. Todo esto, sin embargo, se corrige con las buenas costumbres, y con el cultivo del espíritu. Sucede en la vida lo que en el Teatro, cuando nos presenta en escena el ejemplo de dos hermanos en la comedia de Terencio titulada los *Adelfos*. ¡Cuanta aspereza de carácter en uno, y cuenta docilidad en el otro! Así son las cosas; pasa con los hombres lo que con las diferentes clases de vinos, que no todos se vuelven agrios con el trascurso del tiempo. Apruebo la gravedad en los viejos, pero con moderacion; como debe haberla en todo; pero de ninguna manera la aspereza en el trato. En cuanto á la avaricia en los viejos, no comprendo su razon de ser; por que ¿puede darse mayor absurdo que procurarnos mayor viático, cuanto menor es el camino que nos queda por andar?

Falta tratar ahora de la cuarta causa, y parece ser la que mas entristece y agita á los de mi edad, la proximidad de la muerte, que realmente no puede andar muy lejos de la vejez. ¡Oh cuán desgraciado es el viejo, que durante su larga carrera no hubiere aprendido á no temer la muerte! Si extingue por completo nuestro espíritu, debe sernos indiferente de todo punto; y al contrario debemos desearla si lo conduce al lugar donde vivirá eternamente. No veo, en verdad, que pueda encontrarse un tercer medio. ¿Qué deberé, pues, temer, si despues de mi muerte ó no he de ser desgraciado, ó debiere ser siempre feliz? Y ¿qué hombre habrá tan insensato, por jóven que sea, para asegurar que vivirá hasta la noche? Antes bien los casos de muerte son mas nu-